

Juan Manuel Cuartas Restrepo, *Entre el acero y la piel.* *Ensayo sobre la fragilidad humana*

Efrén GIRALDO
Universidad EAFIT de Medellín

Una larga tradición, que se remonta por lo menos a Michel de Montaigne, ha convocado para el ensayo la confluencia de dos elementos: el recurso a las imágenes y la adopción de un punto de vista dinámico. Género caminante, el ensayo parece convencernos de que lo pensado y estudiado es indisoluble de lo visto en el tránsito de la vida diaria y en la mudanza de las eras y las costumbres. Incluso, podríamos decidir que el acto de ensayar concita en el pensamiento y en la cultura lo amado y lo cercano, lo odiado y lo distante, lo personal y lo social, a condición de que sea producto de una cosa vista en el tiempo y el espacio de todos. La “vivencia sentimental del pensamiento”, expresión que usó Georg Lukács para caracterizar el propósito del ensayo, tal vez no sea otra cosa que un testimonio, construido con imágenes, de ese recorrido por la historia, la cultura y las sociedades de esta forma de escritura. Una palabra usada por la física y la sociología puede transmitir una idea más exacta de la observación en movimiento del ensayo: se trata de una ‘trayectoria’.

Pero el ensayista va más allá cuando ese movimiento, ese desplazamiento, por los símbolos y los conceptos, por las comprensiones y las filosofías, se convierte en dinamismo físico, bien porque su tema es ese, bien porque la adopción del punto de vista se comporta de manera igualmente móvil. En un caso, el ensayista se pregunta por actos como caminar, mudarse, viajar y ofrece sus propias ‘salvaciones’, si es que hacemos nuestra la definición de Ortega y Gasset cuando habló del ensayo como la forma que es capaz de preservar lo efímero en el pensamiento. En el otro, el ensayista transcribe sus impresiones, lee las modulaciones de la luz sobre las cosas y las costumbres, anota lo que un viento comunica a su paso por dominios y comarcas, por zonas de experiencia y creación humanas, para dar un decantado de lectura en constelaciones y formaciones espirituales.

Entre el acero y la piel. Ensayo sobre la fragilidad humana (Medellín: Sílabas, 2017), el libro de Juan Manuel Cuartas, se adscribe a esa práctica. Se advierte en su programa la vocación por los movimientos del ensayo, los cuales dirige a una doble preocupación: movimientos del ensayista en su consideración de la materia tratada y movimientos de los cuerpos, esta vez en encuentro fortuito con las máquinas. El que nos habla es alguien que lee la historia del automóvil, pero en clave de peatón, y a la vez alguien que conduce (y nos conduce) con saludable sensatez por las autopistas de la información, puestas al servicio de una nueva reflexión sobre la cultura.

En un caso, se trata de la adopción de un *éthos* atento a las fluctuaciones y modulaciones de lo estudiado, pues todo buen ensayo deja la sensación de que las facetas fueron exploradas en sus caras de originalidad posible, sin agotar lo entendido en fatigosas exposiciones para el lector. Fuentes variables (la historia, la cultura popular, el cine, la poesía, la narración literaria, la música) pueblan el recorrido conceptual y analítico de Juan Manuel Cuartas, enseñando la vasta experiencia de quien ha meditado su tema para cruzarlo con todas las formas de representación y exposición. Beatos, fisiculturistas, filósofos ciclistas, sadomasoquistas, vacas, o simples personajes “de a pie” (esta expresión no nos dejará ya indiferentes después de leer el libro) dan color a una reflexión que es a la vez política y poética, pasatista y contemporánea.

En el otro caso, el ensayista se enfrenta con una de las formas típicamente tardomodernas de la vivencia: el encuentro de un cuerpo inerme ante el automóvil que lo embiste. Atento a las múltiples formas que reviste el atropellamiento, a su consignación en las artes y las letras, a lo pensado y narrado por otros, Juan Manuel Cuartas nos da en su libro perfiles que se considerarían contradictorios: una fenomenología y una forma, el trayecto de una mirada y la consignación de una teoría, el mapa de un deseo y la confirmación de un acontecimiento traumático para el cual el ensayista, felizmente, nos da alguna clave. Son eventos, pero parecen tener un sentido, pues alguien los mira con todos los datos de cultura. Se trata de lo que no es a la larga objetivable, por su horror, por la miseria histórica que entraña, pero a la vez salimos victoriosos porque hemos entendido algo, hemos encontrado constantes, y queremos creer que se hallará una posibilidad para remediar algo que a todos nos incumbe.

En este punto, el ensayo se aproxima a una de las grandes aspiraciones de la ficción y a la ciencia social: crear un mundo posible. En este caso, se trata de la proyección propositiva del ensayo, de su deseo de incidir en la vida colectiva. Se busca ensayar (ahora sí, en toda la amplitud semántica del término) una nueva manera de vivir, más humana, más respetuosa y a la larga más feliz. Se experimenta esto en el texto, pero también en su afuera. En otros ensayos suyos, Juan Manuel Cuartas ha mostrado esta preocupación, y ha enseñado que la aproximación a la estética no riñe con la pregunta por la vida buena, por el interés en otros modos de vivir y habitar el mundo.

Se encuentra, así, una ventana hacia la ética en estas páginas que recorren dolorosa y entrañablemente la historia de muertos famosos y no tan famosos a la vera del camino, de ciclistas arrollados por conductores despiadados o por simples azares del comercio ya rutinario entre máquinas y cuerpos. Luego de ver tanto horror, que nos ha dejado indiferentes porque el atropellado parece haberse vuelto paisaje, el ensayo aventura nuevas formas de vida y nos da toda su potencia moral y cívica. ¿Cómo armonizar la temporalidad del mecanismo con los de la vida humana? ¿Cómo hacer que el funcionalismo de nuestra era y su culto por la velocidad y la eficacia admitan las duraciones que han definido lo netamente humano? ¿Son los símbolos, las narraciones y representaciones del accidente automovilístico una clave para entendernos? Esas parecen ser las preguntas de Juan Manuel Cuartas en este ensayo

sobre el terror y sobre la fascinación que produce la muerte en nuestros días, una muerte que, de tan representada, es inimaginable sin las máquinas.

Esta obsesión, cara a la modernidad, y fundamental para los primeros críticos de esa modernidad, es, sin embargo, mesurada, aliviada por el punto de vista de un ensayista bien plantado en el mundo post-histórico, en la hiperrealidad de todo lo que fulgura como representación, pero que puede ser sopesado con el ejercicio del juicio. El recorrido es ligero y no solemne, humorístico y no trascendental, erudito sin aspavientos, aleccionador sin didactismo o vanidad. De estas páginas, surge entonces una galería de accidentes, condensados en representación, pero no fosilizados. De ese recorrido, de ese museo de la muerte y la colisión, emerge la serenidad de quien es capaz de moverse a las velocidades que obligan los tiempos que corren, pero que también puede “sondear el vado a prudente distancia”, como quería Montaigne, como quien antes de cruzar la calle lo piensa dos veces, pues no quiere ser arrollado.